

Orlando Plaza
editor



Capítulo 15

PERÚ. ACTORES Y ESCENARIOS AL INICIO DEL NUEVO MILENIO



Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2001

Primera edición: noviembre de 2001

Perú: actores y escenarios al inicio del nuevo milenio

Copyright 2001 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Plaza Francia 1164 - Lima - Perú

Teléfonos: 330-7410 / 330-7411. Telefax 330-7405.

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052001 -4328

Derechos Reservados

ISBN: 9972-42-448-0

Impreso en Perú - Printed in Peru

De la comunidad difusa a las comunidades descentradas
Perspectivas analíticas sobre las comunidades de la sierra de Lima desde las etnografías de la segunda mitad del Siglo XX

Alejandro Diez Hurtado

Mayo de 1997, domingo, hay asamblea en San Damián (Huarochiri). La reunión se realiza en una canchita de fulbito encementada y situada al lado de la iglesia. Del lado de las tribunas se ubica una mesa en la que están sentados el alcalde, los presidentes de las dos comunidades campesinas del pueblo; la autoridad política y al lado, algo aparte, se sitúa el representante de una asociación de emigrantes, residente en Lima, que quiere dirigirse a la comunidad para ofrecer la construcción de una nueva torre para la iglesia. La asamblea se desarrolla como muchas otras, los presentes participan de manera desordenada. Algunos son comuneros de Checa, otros de Concha, otros son sólo habitantes del pueblo. La asamblea fue convocada por las autoridades a manera de evaluación de su gestión hasta el momento y para atender a la solicitud mencionada.

Mayo de 1998, también domingo, hay cabildo abierto en Huantán (Yauyos). Se realiza en la plaza al frente del municipio-mercado, al lado del colegio secundario. Una treintena de personas escucha el descargo de gastos de la alcaldesa. El cabildo fue convocado por la municipalidad ante la demanda de la población que exigía transparencia en el manejo de las cuentas. Ahí se reúnen pobladores y comuneros de Huantán, sin precisar su status. La mesa es presidida por la alcaldesa, el contador que expone y por el juez de paz; cerca se sitúa el director de la escuela.

Aunque las dos reuniones mencionadas tienen nombres diferentes y son convocados por distintos agentes, el desarrollo de las dos es semejante: se trata de reuniones de pobladores de pequeños poblados, desarrolladas

bajo formas y procedimientos semejantes a los de las asambleas de las comunidades campesinas aunque con una participación central del municipio. Son y no son, al mismo tiempo, «asambleas comunales». Sin embargo, quizás haya que plantear las cosas desde otro punto de vista: si asumimos que los miembros de una comunidad campesina pueden ser también parte de una serie de otras organizaciones, podría ser que las asambleas comunales sean otra cosa. Todo depende de cómo llamamos al tramado institucional existente en los espacios rurales. Y al respecto los antropólogos arrastramos una obsesión desde los orígenes de la disciplina.

Es conocida la estrecha vinculación establecida entre la antropología peruana y las comunidades campesinas, antes llamadas de indígenas (Urrutia 1992). Esta vinculación, heredada del indigenismo y que podríamos llamar fundacional, ha sido elaborada más desde una percepción intuitiva del sujeto de estudio que de una construcción teórica o analítica; como consecuencia, hasta ahora no hemos podido elaborar una reflexión ordenada sobre la comunidad. Al extremo, algunos autores critican la elección de la comunidad como sujeto argumentando que no es la unidad que permita dar cuenta de la reproducción de sus miembros (Golte 1992).

Nuestra dificultad para generalizar proviene de cierta falta de precisión analítica y conceptual pero también de la diversidad de situaciones que se encuentran en el terreno. Ante este segundo problema, Golte propone avanzar construyendo una suerte de definiciones de validez espacial (y pone como ejemplo las comunidades de la zona central de la vertiente occidental de los andes). En este artículo retomo y trato de profundizar dicha propuesta pero también propongo otra lectura del fenómeno ampliándolo en un doble sentido: hacia atrás, buscando reconstruir como se fue entendiendo la comunidad en un mismo espacio y, hacia adelante, proponiendo un marco de aproximación alternativo para entender los espacios rurales.

Así, en este artículo intento aproximarme a la construcción del sujeto «comunidad» para el caso específico de las localidades rurales de la sierra central de Lima (provincias de Huaral, Huarochirí y Yauyos). ¿Porqué un caso? Por que mi apuesta analítica es progresar en la construcción de definiciones a partir de indicadores más o menos recurrentes. ¿Porqué la sierra de Lima? En primer lugar por la cantidad y densidad de los trabajos

concentrados sobre dicho espacio pero también porque es a partir de éstos que se han formulado buena parte de los conceptos que luego se han generalizado hacia otros espacios y otras comunidades.

En este artículo, tras un recuento de los trabajos realizados en la zona desde la década del 50, analizaré brevemente los enfoques de aproximación al sujeto sociedad y organización rural para ocuparme luego de una propuesta propia sustentada a partir de diversos trabajos —antiguos y recientes— sobre la zona.

En las páginas siguientes, intentaré mostrar que si en un primer momento la idea de comunidad era más bien difusa, en el sentido de que no se precisaban claramente sus límites sociales ni conceptuales, el desarrollo de la antropología estuvo ligado a cierta conceptualización que supuso la esencialización de la comunidad campesina y que, paradójicamente, es contemporánea a la dispersión y ampliación de los temas de estudio sobre el particular. Finalmente, propongo entender el espacio social local como una *sociedad descentrada*, en la que existen múltiples asociaciones y formas institucionales y asociativas que no convergen necesariamente alrededor de una sola institución (en concreto, ni en la comunidad, ni en el municipio).

Estudios sobre organización y dinámicas de los espacios rurales en la sierra de Lima

Dada su cercanía a la capital, la sierra de Lima ha sido un espacio privilegiado en los trabajos antropológicos sobre espacios rurales peruanos. A lo largo de cerca de cinco décadas, se han sucedido una serie de estudios emprendidos por profesores y estudiantes de la Universidad de San Marcos y de la Universidad Católica, por investigadores del Instituto de Estudios Peruanos y del Instituto Francés de Estudios Andinos y por algunos estudiantes y estudiosos peruanos y europeos.

No es mi intención hacer aquí un balance de todos ellos¹. Me limitaré a presentar brevemente aquellos que han abordado el tema de la organi-

¹ Existen muchos otros trabajos sobre la sierra de Lima no sólo desde la antropología sino también desde la historia, la geografía, la arqueología y otras ciencias. En este

zación e instituciones constitutivas del espacio rural de la sierra de Lima. Seguidamente, me detendré un poco más en las principales ideas e interpretaciones sobre el particular brindados por dichos estudios y autores.

Los primeros estudios modernos sobre la sierra de Lima fueron realizados por José Matos y Rosalía Avalos en la comunidad de Tupe a fines de la década del 40 y principios del 50. Dichos trabajos dieron lugar a una serie de pequeñas publicaciones sobre el «área cultural cauque», ocupándose de temas como la lengua, el ciclo vital, la magia, los sistemas ganaderos y otros (Avalos 1951; Matos 1951). Pocos años después (1955), Matos dirige un grupo de cuatro investigadores que trabajan sobre cuatro comunidades de la provincia de Huarochirí (Huarochirí, San Lorenzo de Quinti, San Pedro de Huancaire y Santiago de Anchucaya), el que da lugar al primer trabajo antropológico colectivo, fundamentalmente etnográfico pero también interpretativo, sobre la sierra de Lima (Matos 1958).

A mediados de la década del 60, entre 1966 y 1969, desde el IEP, Matos y Whyte (1969) emprenden un trabajo de investigación de corte más regional: analizan las partes altas y bajas de la cuenca del río Chancay, analizando tanto haciendas como pequeñas agrupaciones de agricultores de la costa, y algunas comunidades de las partes altas del valle. Dicho trabajo da lugar a una serie de monografías sobre las comunidades de Huayopampa (Fuenzalida y otros 1969), Lampián (Celestino 1972) y Pacaraos (Degregori y Golte 1973). En 1980, cerca de 15 años después, Degregori, Golte y Casaverde realizan un nuevo trabajo de campo en Huayopampa, dando lugar a una reedición aumentada del primero de los trabajos (Fuenzalida y otros 1982); en paralelo, se realizan otros dos estudios en la misma zona: uno en Acos, pocos años después de los trabajos del IEP (Lausent 1973) y el otro en Huascoy, entre 1981 y 1982 (Salvador 1983)².

artículo, me baso únicamente en aquellos trabajos antropológicos que de una u otra manera se ocupan del problema de la organización de las sociedades.

² Dos agrónomos franceses realizaron poco después un trabajo sobre el sistema de producción de las comunidades de San Juan y Huascoy (GRESLOU y NEY 1986).

Durante la década del setenta, se desarrollan algunos estudios impulsados desde la Universidad Católica tanto en Huarochirí como en Yauyos. En la primera zona, en la comunidad de San Pedro de Casta sobre temas de cambio económico, socialización infantil, educación y rituales (Ramírez 1980; Ortega 1980; Haboud de Ortega 1980; Osterling 1983); en la segunda, se trabajó en varias comunidades de la cuenca alta del río Cañete, particularmente en Laraos, Huancaya y Tupe, sobre temas de organización espacial y economía comunal y campesina (Fonseca y Mayer 1986; De la Cadena 1980). También se desarrolló un estudio sobre emigrantes huayopampinos en Lima (Osterling 1980).

Cronológicamente, los siguientes estudios fueron realizados por graduandos de la Universidad de Berlín, sobre temas de economía campesina. Ellos estudiaron a comienzos de los ochenta la comunidad de Quinches, en la cuenca alta del río Mala, y también a sus emigrantes en Lima (Mossbrucker 1990; Steinhauß 1991); Quinches y Huaros (en la provincia de Canta) fueron parte de la muestra de localidades del hinterland de Lima analizadas por Golte y Adams para su estudio sobre emigrantes en Lima (1987). Paralelamente, Alber (1999) realizaba un trabajo sobre Huayopampa³. Durante la misma década, un grupo multidisciplinario compuesto por científicos sociales y agrónomos peruanos y franceses, realizaron una serie de investigaciones en la cuenca del río Cañete, provincia de Yauyos. Entre los múltiples trabajos producidos por este equipo, nos interesan particularmente los referentes a la emigración y a la educación, en las comunidades de Catahuasi, Laraos, Casinta y Tomas (Nelson 1988; Brougere 1994; Bey 1992).

³ El texto de Alber fue publicado en castellano con posterioridad a la redacción de este artículo, por lo que sólo he podido introducir parcialmente sus interesantes aportes.

Principales estudios sobre organización campesina en la sierra de Lima

Años	Localidades	Autores
1950-53	Catahuasi, Tupe	José Matos y Rosalía Avalos
1955	Huarocharí, Quinti, Huancaire, Anchucaya	Matos, Cotler, Guillén
1966-69	Huayopampa, Lampián, Pacaraos	Golte, Degregori, Fuenzalida, Celestino
1973	Acos	Lausent
1981-82	Huascayo	Salvador
1979	San Pedro de Casta	Ramírez, Ortega, Haboud, Osterling
1977-78	Laraos, Huancaya, Tupe	Mayer, Fonseca, De la Cadena
1983	Quinchés	Mossbrucker, Steinhauß
1985	Huayopampa	Alber
1985	Quinchés, Huaros	Golte
1986-88	Casinta, Tomas, Laraos	Bey, Brouguere
1997-99	Huarocharí, Yauyos, Huaral	alumnos antropología Pucp
1998-99	Alis, Huangáscar, Yauyos, Omas y otros	Cisepa

Recientemente, entre 1998 y 1999, la Universidad Católica y el Consorcio de Investigaciones Educativas, han desarrollado un proyecto de investigación en la provincia de Yauyos. Aunque centrado en el estudio de valores y metas de vida, el proyecto incluyó un análisis de las comunidades y distritos de la provincia así como de sus emigrantes en Lima, Huancayo y Cañete (Anderson y otros 1999). El estudio supuso una serie de visitas de exploración al conjunto de distritos de la provincia así como el trabajo de campo a profundidad en diez localidades (Huancaya y Alis, en la zona norte; Quinchés y Omas en la zona noroeste; Tupe, Catahuasi, Yauyos y Aucampi, en la zona central; y, Huangáscar y Viñac, en la zona sur⁴.

⁴ En el barrido general participaron varios de los miembros del equipo de investigación pero particularmente Silvia Matos y Alejandro Diez. El trabajo a profundidad fue realizado por un equipo de egresados y alumnos de la Universidad: Huancaya (Carlos León y Paloma Vischer), Alis (Humberto Alzamora), Quinchés (Pilar Corzo, Humberto Alzamora y Angélica Nué), Omas (Raquel Pastor), Yauyos (Roxani Rivas), Tupe

Finalmente, quisiera incluir en este recuento de trabajos, las prácticas desarrolladas por los alumnos de antropología de la Pucp que visitaron las comunidades de Santiago de Tuna, Tupicocha y San Damián, en Huarochirí (1997); de Yauyos, Huantán y Laraos, en Yauyos (1998); y, de Acos, Canchapilca, Ravira, Viscas, Santa Cruz de Andamarca y Chauca, en la sierra de Huaral (1999). En todas estas se realizó una serie de diagnósticos rápidos de carácter descriptivo así como breves desarrollos de algunas problemáticas⁵.

**MAPA: Principales localidades investigadas. Sierra de Lima
1950-1999**



(Margarita Osterling), Catahuasi (Roxani Rivas y Margarita Osterling), Aucampi (Margarita Huamán), Huangáscar (Julio Portocarrero y Ana María Falcón), Viñac (Ana María Falcón).

⁵ Al final del artículo se incluye como anexo la relación de los trabajos realizados.

La reflexión que intento en las líneas siguientes se sustenta tanto en la información contenida en todos los trabajos mencionados y en mi propia experiencia en la zona como en la reflexión sobre los enfoques utilizados en los mismos.

La evolución de los temas y de los conceptos

La serie de trabajos mencionados muestra el cambio producido en las localidades de la sierra de Lima durante las últimas cuatro décadas pero también ilustra los diferentes enfoques, temáticas o preguntas que los investigadores han puesto a prueba en sucesivos trabajos de campo para comprender dicha realidad cambiante. En las líneas siguientes, trataré de reproducir el itinerario analítico empleado para comprender las «comunidades» de la sierra de Lima como paso previo a la elaboración de una propuesta de análisis del fenómeno.

Los primeros trabajos, los de Tupe pero sobre todo los de Huarochirí, analizaban el espacio local, la sociedad rural como un espacio de vida total, como un dato que no necesitaba ser definido. En ellos la aproximación al espacio local busca describir la totalidad, la comunidad no necesitaba ser definida sino descrita. El balance sobre los estudios de Huarochirí enumera veinte rasgos que describen aspectos diversos. Cinco de ellos serán luego considerados característicos y específicos de las comunidades: 1) son organizaciones tradicionales de base agrícola y/o ganadera, 2) mantienen una tradición comunitaria manifiesta (observable en la propiedad comunal o en el trabajo colectivo), 3) cuentan con autoridades tradicionales elegidas libremente por las mismas agrupaciones, 4) no integran haciendas y, 5) ocupan una unidad geoeconómica que puede ser considerada como área cultural tradicional (Matos 1958: 18). Tradición y cultura serían los rasgos característicos de la sociedad campesina de Huarochirí. Con este marco, los estudios de comunidades debían por un lado prestar atención a todos los aspectos de la vida del grupo y, por el otro, detenerse en lo diferente, lo antiguo, lo tradicional, entendido como «lo propio», ligado a la propiedad de la tierra y a la existencia de un espacio social local (en el que se señala cierta ambigüedad entre municipio y comunidad y en el que el reconocimiento legal de las comunidades no es significativo).

Por otro lado, y como complemento, se constataba que las comunidades locales estaban sometidas a inevitables procesos de cambio, vinculados particularmente a la construcción de carreteras, pero que, sin embargo, no significaban la desaparición ni implicaban la debilidad de la organización comunal, que incluso a pesar de la liquidación de la propiedad común seguía agrupando a los pobladores, imponiéndoles obligaciones, controlando el espacio local y regulando la vida de los pobladores (Matos 1958: 306) locales.

Una década después, el enfoque culturalista fue reemplazado por un marco teórico adaptado de la teoría de la dominación y dependencia. Los estudios sobre la sierra de Huaral partían de la premisa de que *«las comunidades deben ser presentadas no como colección de rasgos sino como sistemas institucionales y no como entes aislados sino como unidades en contextos regionales y sub regionales»* (Matos y Whyte 1969: 21). El marco geográfico cultural fue reemplazado por un marco económico y político jerarquizado según una serie de relaciones de dominación y sujeción, determinadas históricamente, que suponían la existencia de procesos regionales frente a los cuales reaccionaban las comunidades.

Lo que interesaba no era precisamente la comunidad sino su lugar y sus reacciones frente a procesos mayores y que la superan. Si la comunidad sigue siendo el espacio de la organización tradicional, se reportan una serie de cambios que se vienen produciendo, cuando menos, desde comienzos del siglo XX: ellos desplazan el origen de la tradición comunal al pasado colonial más que al prehispánico. Poco después, se esboza la hipótesis de la «matriz colonial de la comunidad de indígenas» reaccionando contra antiguas (y no tan antiguas) interpretaciones que consideraban a la comunidad como ayllus de naturaleza pre-hispánica (Fuenzalida 1969).

Así, se buscó analizar los factores que determinan ciertos tipos de cambio y, luego, establecer el lugar, la función y la nueva naturaleza de la comunidad en el cambiante contexto contemporáneo (vinculado directamente a una inserción cada vez mayor al mercado, marcada por el proceso de construcción de carreteras de acceso). Los trabajos en la sierra de Huaral mostraron que las comunidades reaccionaban de manera diferente a los cambios del contexto y que la modernización no sólo no supone la

desaparición de la organización comunal sino que puede venir acompañada de un proceso de revitalización de la misma. Huayopampa (y en menor medida también Lampián) fue vista como un modelo exitoso de inserción «comunal» en el mercado en tanto que Pacaraos fue considerada muestra de una situación de estancamiento y de desestructuración comunal.

Para Huayopampa, incorporada al mercado vía una transformación productiva marcada por el reemplazo de los maizales por campos de frutales, aprovechando las zonas bajas y templadas (en desmedro de las zonas altas, otrora centrales en el espacio comunal), la comunidad se convirtió en una efectiva base de operaciones para que pequeños productores pudieran regular el acceso al territorio y sus recursos y, sobre todo, al mercado (Fuenzalida y otros 1968). Pacaraos, sin posibilidad de incorporación vía una reconversión productiva, tuvo que optar por la solución «hacia fuera», por un proceso de emigración que terminaría desplazando el peso de lo comunal hacia el espacio urbano, el resquebrajamiento de las estructuras comunales locales y la descapitalización por la pérdida de sus mejores elementos (Degregori y Golte 1973).

Sobre estos dos modelos, las comunidades de la zona alta del valle fueron clasificadas de acuerdo a su mayor o menor integración a la dinámica regional: de un lado quedaron situadas Huayopampa, Lampián y Vichaycocha, integradas al mercado y bien organizadas (gracias a una eficiente inserción en el mercado), del otro Pacaraos y Sumbilca, conservadoras y poco integradas. A las primeras se les suma Santa Cruz, último punto de la carretera, convertida en puerto de comercio alrededor del que gravitaban Santa Catalina, Chauca y Ravira; a las segundas, Viscas, Ravira y Cormo, comunidades aisladas por no contar con carreteras de acceso (Matos y Whyte 1969)

Pero, ¿de qué comunidad estaban hablando? En mi opinión, los trabajos de los sesenta partían de dos consideraciones: 1) se asumía que la comunidad no era el antiguo ayllu prehispánico sino un producto colonial y 2) aunque asumían el modelo de «comunidad corporativa cerrada» de Foster, lo tomaban con ciertas reservas. La comunidad «teórica» era situada en el pasado, las comunidades observadas, mostraban un acelerado proceso de cambio que sin embargo no determinaba su extinción. Cabe

mencionar que si bien muchas de las comunidades estudiadas eran distritos de larga data, el municipio no fue el sujeto de análisis. La comunidad era, entonces, percibida como la forma de organización del espacio local, sujeta a presiones, tensiones y conflictos de diverso tipo, pero igualmente el sujeto central del análisis.

Los agentes de gobierno del Estado y los municipios eran presentados como sistemas paralelos al comunal. Largos capítulos eran destinados a mostrar las transformaciones en la organización comunal y los juegos de poder internos vinculados al manejo y reparto de recursos (particularmente la división de terrenos), a tensiones entre jóvenes y mayores y emigrantes y residentes y, en menor medida, a conflictos con los vecinos. Sin embargo, no había una reflexión ordenada sobre el ordenamiento institucional local sujeto de los análisis: la preeminencia de la comunidad no estaba en cuestión. La comunidad indígena, era omnipresente, un conjunto de pobladores no definido pero supuestamente comunitario. Años después, tras una revisita a Huayopampa, Degregori critica el texto de Fuenzalida arguyendo que su interpretación de una modernización sin pérdida del sentido de lo comunal no era tal, pues su análisis no tomó en cuenta que se trataba de comunidades no igualitarias en las que algunas familias y grupos se beneficiaban más que otros de la modernización y de la integración al mercado; en otras palabras, para él la comunidad no era tan comunitaria como aparecía en el análisis. Desde esta perspectiva, la emigración podía también ser interpretada como la búsqueda de un igualitarismo real (Fuenzalida y otros 1982: 414).

A fines de los sesenta [1970], Matos formula una definición de comunidad indígena tradicional fundada en tres elementos centrales: la posesión comunal de la tierra usufructuada individual y colectivamente, la existencia de vínculos de solidaridad y de trabajo conjunto y la existencia de elementos culturales propios del «mundo andino». Esta definición, a caballo entre una visión analítica moderna de la comunidad y las versiones culturalistas más antiguas, se construye entendiendo que las comunidades son 'relictos' de formas de organización anteriores que están desapareciendo y que las comunidades sobrevivientes están en un proceso de desestructuración (Matos 1976: 216). El texto coincide con los procesos

de cambio generados por las primeras acciones de la Reforma Agraria del gobierno militar, que se asume transformará el escenario rural.

En la década de los setenta, en la efervescencia de la Reforma Agraria, los estudios sobre comunidades no eran prioritarios. Pero ahí donde se realizaron, las categorías de análisis habían cambiado: por un lado, el apelativo «indígena» fue reemplazado por el de «campesino», por el otro, la comunidad, identificada unívocamente con la entidad legal reconocida como tal, ya no será más entendida como un espacio de vida relativamente identificable bajo criterios diversos. Parte de los problemas del análisis generados desde esta nueva categoría de comunidad, es que se le atribuyó el carácter de totalidad que tenían las descripciones de las décadas anteriores, cuando —cómo trato de sostener— se trataba sólo de una institución entre las varias que componen la densa red de relaciones e interacciones que caracterizan a los espacios rurales locales.

Los trabajos de Mayer y Fonseca en la sierra de Yauyos, por ejemplo, analizaron la comunidad campesina haciendo abstracción de las otras formas institucionales de organización del espacio. Ellos presentan la comunidad en tanto entidad social que organiza y regula el proceso productivo y la reproducción económica de las familias campesinas, y que se aprecia principalmente en cinco aspectos: la definición de zonas especializadas de producción (cada una con una forma específica de control comunal), el establecimiento de reglamentos y normas, la coordinación del calendario agrícola, el derecho del trabajo exigido por el colectivo a las familias y el uso de categorías tradicionales de clasificación. Comunidad es definida como: *«un organismo colectivo que crea e implementa reglamentos de uso que intervienen en el proceso productivo que impactan en el uso de la tierra y su tenencia»*. (Fonseca y Mayer 1986: 160). Por ello, la comunidad es sobre todo una instancia de organización económica. El grueso de su análisis se centra entonces en las dimensiones comunales del proceso productivo y en sus dinámicas, que estarían caracterizadas por tres elementos: una tensión entre lo familiar (la familia entendida como unidad básica de producción y consumo) y lo comunal (entendida como agrupación de familias); la diferenciación y la desigualdad en el acceso a los recursos; y, la distinción entre producción para el consumo y producción para el mercado.

Así, el espacio (productivo) local aparece como un espacio esencialmente comunitario ubicado entre tensiones constantes que determinan su dinámica: aquellas generadas por la confrontación de los intereses de las familias y del colectivo; las propias a la desigual distribución o acceso a los recursos; y, las que provienen del interés de satisfacción de necesidades de ingreso y las que responden a las lógicas de la supervivencia y los deberes de la reciprocidad. De las tres, la tensión familias-comunidad aparece como central (aunque en sus análisis los autores privilegian el segundo polo⁶).

Sin embargo, la comunidad, considerada ente de producción, no es problematizada en tanto espacio de organización y es poco analizada en su contexto político e institucional local. El análisis sobre tensiones entre el consejo municipal (vinculado a los emigrantes) y la comunidad es secundario; la existencia de familias residentes fuera del espacio local no es significativa para el análisis general. Por otro lado, los autores se preocupan poco o casi nada de la organización interna de la comunidad y de los mecanismos que posibilitan su control sobre los recursos.

Como en el caso de Huaral, una serie de cambios afectan a las comunidades de la sierra de Yauyos, pero aquí los autores privilegian las transformaciones internas sobre las externas: el desmembramiento de las antiguas comunidades, la privatización de terrenos con la consecuente pérdida de control comunal y la separación de las instituciones de administración del agua (Fonseca y Mayer 1986: 101).

Durante los 80, los trabajos no se concentraron en un área y respondieron a intereses, a marcos teóricos y a problemáticas de análisis diferentes. El trabajo sobre Huascoy, consideraba la comunidad como una institución supra-física, totalizadora y que involucra no sólo a quienes residen en el espacio local sino también a los emigrantes y los descendientes de éstos que residen en otros espacios (concretamente en Lima). Los residentes y los emigrantes conforman una «comunidad amplia» —ampliada

⁶ En algunos análisis, como el de la tesis de DE LA CADENA (1980), el análisis de lo comunal llega incluso a desaparecer bajo el de la economía familiar.

sería un mejor término— cuyos núcleos son, por un lado, la comunidad campesina de Huascoy y, por el otro, la Asociación San Cristóbal de Huascoy, en Lima (Salvador 1983: 268). Para Salvador, la comunidad es una «pequeña sociedad cerrada» constituida por un conjunto de familias ligadas al territorio desde «tiempos inmemoriales». La existencia de múltiples formas de organización (tanto entre los residentes como entre los emigrantes) así como los cambios que se producen a lo largo del tiempo son minimizados por lo que, para él, la comunidad sigue siendo fundamentalmente igual a sí misma a lo largo del tiempo: su descripción detallada concluye en un análisis que resulta absolutamente intemporal, sin problematizar en absoluto la noción de comunidad.

En cambio, el trabajo sobre Quinchés, en la sierra de Yauyos, es diametralmente opuesto. Mossbrucker coloca a la comunidad en el centro de su análisis, preguntándose sobre su definición, su razón de ser y por las dinámicas que la caracterizan. Por un lado, al distinguir analíticamente entre pueblo, comunidad, municipio y juntas de regantes, puede encontrar relaciones específicas establecidas entre dichas instituciones y los cambios en las mismas (en particular en las relaciones entre comunidad y municipio). Por el otro, sustenta la existencia de la comunidad en dos mecanismos: la interacción (entendida como una necesidad surgida por diferencias económicas entre las familias y por las particularidades condiciones climáticas) y la cooperación (que respondería a diferencias en la disponibilidad de recursos y que involucra a los emigrantes y a los residentes en la localidad). Para él, las comunidades son «expresiones institucionales» de asociaciones de familias que tienen como función la administración de recursos, la resolución de conflictos y proveer una instancia de resolución de conflictos (Mossbrucker 1990: 100). Aunque su definición podría ser entendida en sentido amplio, su perspectiva es fundamentalmente económica pues para él la comunidad está estrechamente ligada a una serie de recursos de diverso tipo (naturales pero también de relaciones) y a su administración.

La contraparte analítica del trabajo de Mossbrucker es el trabajo de Golte y Adams, quienes en su estudio de emigrantes en la ciudad de Lima (1987), incluyen el análisis de las comunidades de Quinchés y Huaros. Al

no ubicarse en el centro de su preocupación, la comunidad no aparece como un sujeto bien definido: la igualan a la idea de sociedad, entendida como espacio de origen de los sujetos que les interesan y en tanto la emigración repercute en el pueblo. Para ellos, los quinchinos y huarosinos en Lima no se desligan del ámbito comunal, pero mantienen relaciones diferenciadas, de acuerdo al estrato socio-económico en el que se ubican.

Por su parte, los trabajos de los franceses sobre comunidades de Yauyos comparten el no considerar a la comunidad como un factor central en su análisis. Sin embargo, los trabajos sobre educación en Casinta y Tomas (Bey 1994) y sobre migración en Laraos y Catahuasi (Brougere 1992; Nelson 1988) que analizan estrategias diferenciadas de movilidad, social en un caso y espacial en el otro, tienen a la comunidad (y no al municipio, por ejemplo), como referente básico. Además, ambos centran su análisis en la dinámica que se establece entre los que se quedan y los que se van, y particularmente en las consecuencias que tiene la movilidad sobre la organización local. Los trabajos sobre Laraos y Catahuasi, muestran que el control comunitario es seriamente afectado por la migración pero sobre todo por la limitación de sus recursos; la crisis del control comunal tendría así una causa 'estructural': los emigrantes no se sienten constreñidos por la comunidad porque no obtienen ningún beneficio de ella, por un inevitable desbalance entre las obligaciones que se les exigen y los derechos que obtienen por cumplirlas. Pero no es la única causa: a ella habría que sumarle un cambio de mentalidad aportado los emigrantes de retorno pero sobre todo los cambios en las estrategias y los intereses de una población cada vez menos campesina y que se desplaza constantemente entre el distrito o la comunidad de origen y las ciudades o centros de trabajo (minas). Todos estos trabajos tomaban como punto de referencia a una comunidad campesina a la que atribuían un cierto carácter de totalidad, más cercana a un espacio de vida que a una instancia de regulación económica.

En el trabajo de Alber (1999), la existencia de poblaciones residentes fuera de su lugar de origen, así como la movilidad existente entre éstos, le lleva a proponer un cambio en el enfoque del análisis de las comunidades, analizándolas como punto de encuentro de diferentes redes de reproducción; para el caso de Huayopampa, dichas redes involucrarían el pueblo

mismo, Lima y las comunidades de Ancash, lugar de origen de los peones que trabajan en el pueblo. La comunidad campesina es una organización central en el espacio local pero no involucra a todas las redes o instituciones existentes en el pueblo y mucho menos es un principio de organización global (Alber 1999: 25-31). Ella analiza la comunidad en tanto le permite observar el comportamiento de la serie de unidades domésticas desterritorializadas que constituyen su unidad de análisis; al final, la comunidad no se define localmente sino por el parentesco.

Si tratamos de hacer un balance, el itinerario de los enfoques sobre la organización del espacio rural de la sierra de Lima parte de una visión de un espacio comunal como «dato dado» entendido como un espacio de vida totalizador y heredado del pasado (prehispánico, en algunos casos) que se encuentra en estado de cambio constante frente a los avances del mercado, el desarrollo de las vías de comunicación y la atracción que ejerce la ciudad de Lima. Luego, al mismo tiempo que se ensayaban enfoques de comprensión en términos regionales, las comunidades fueron vistas como formas tradicionales de organización (de origen colonial pero modificadas en el tiempo), amenazadas de desintegración vía la integración a la Sociedad mayor (para llamar de alguna manera la serie compleja de fenómenos que hemos ido señalando líneas arriba). Con el gobierno militar y el reconocimiento de las comunidades, los estudios abandonaron el análisis regional para centrarse otra vez en el análisis de comunidades campesinas específicas, haciendo abstracción de otras instituciones y organizaciones presentes pero enfocando la atención en fenómenos económicos, de diferenciación interna y de control comunal que no habían sido tan desarrollados en los análisis anteriores. Finalmente, los últimos trabajos si bien conservaron a las comunidades como elemento de referencia, enfocaron el análisis de otros fenómenos por lo general vinculados a la movilidad de la población, como la migración y la educación. En los últimos trabajos se enfatiza en el análisis de dinámicas internas y externas y en las estrategias utilizadas por los actores para movilizar sus recursos (entendidos en sentido amplio).

Llegados a este punto, seguir la secuencia «histórica» de los trabajos sobre el espacio rural de la sierra de Lima supondría resumir aquellos

emprendidos desde la Universidad Católica en los últimos años, particularmente el llamado «Proyecto Yauyos». Pero la intención de este trabajo es proponer un marco de análisis (que sin estar formulado, se halla presente en el mencionado estudio) por lo que en las líneas siguientes me limitaré a presentar una propuesta razonada a la luz de los trabajos recientes sobre la sierra de Lima pero también rescatando las constantes que se aprecian en los estudios reseñados.

Una propuesta de aproximación

En un texto anterior, señalaba que un análisis sobre la organización de las sociedades rurales debería ser capaz de describir los conjuntos de campesinos y pobladores que los conforman (con sus características y límites territoriales y sociales), de analizar sus lógicas de reproducción social y su racionalidad y, de explicar la dinámica de sus cambios (Diez 1999: 131). Un programa de este tipo supone la observación o un análisis de mediano plazo, durante un tiempo suficientemente largo como para distinguir entre las dinámicas consustanciales al sistema de aquellas que nos remiten a procesos de cambio⁷.

Bajo estas premisas, propongo un análisis fundado en dos componentes: una *descripción estructural* (expresada en la definición de los grupos que intervienen y en sus bases organizacionales e institucionales) y una *descripción de las dinámicas* (expresada en términos de tensiones y procedimientos que permanecen relativamente constantes durante un significativo período de tiempo).

La descripción de la estructura supone en primer lugar especificar el sujeto del análisis, ensayar una definición que dé cuenta de la naturaleza y de la composición del fenómeno. Ello significa considerar en primer lugar al grupo humano implicado y sus múltiples soportes institucionales y

⁷ Es de anotar que aún cuando no se hace explícita esta perspectiva, ningún trabajo sobre las comunidades de la sierra de Lima descuida el mencionar cambios o procesos en referencia a tiempos pasados y no tan pasados.

organizacionales: las formas como éste se clasifica (ayllus, barrios, parcialidades, mitades, familias) y las organizaciones que conforma (comunidad, municipio, rondas, comités especializados, clubes de madres). Al respecto, y como hipótesis, sostengo que *en la actualidad buena parte de los espacios rurales conforman sociedades organizacionalmente «descentradas»*. Ello equivale a decir que no existe en el espacio rural ninguna organización que congregue, organice o reúna al conjunto humano que la conforma: existen múltiples organizaciones e instituciones —en diversos planos— que articulan conjuntos diversos de pobladores y que se intersecan mutuamente pero que rara vez coinciden.

La descripción de las dinámicas supone identificar aquellos elementos constantes a lo largo de cierto período de tiempo; lo bastante largo para que no se trate de un evento coyuntural y lo bastante estable para que no se trate de un proceso de transformación. De manera general, también como hipótesis o como prejuicio para el análisis, parto de dos supuestos sobre las dinámicas de las sociedades rurales. Por un lado, considero que dichas dinámicas se montan sobre una tensión permanente entre los intereses de tres polos: las familias, el colectivo general y los diversos colectivos más pequeños, intermediarios entre las familias y el conjunto; además, pienso que el desarrollo de dicha tensión responde a una serie de comportamientos en los que el factor individual (expresado en liderazgo) puede estar presente. Por el otro, creo que las dinámicas responden a la necesidad constante y endémica de componer y recomponer equilibrios internos entre familias y grupos al interior del colectivo; en dichos equilibrios estaría en juego no sólo el elemento acceso a recursos de diverso tipo o el reconocimiento social, sino también cierta exigencia de participación en el sentido de evitar la exclusión.

Pero, ¿y la comunidad? Al respecto, dos precisiones: este planteamiento asume la existencia de una *comunidad de vida*, pendiente de definición pero entendida en sentido amplio; en ella, la comunidad campesina es considerada una de las múltiples organizaciones existentes en el espacio local, sobre la que, no obstante, trataré de hacer algunas precisiones más adelante.

Constantes analíticas: estructura y dinámicas de las comunidades de la sierra de Lima

a. Estructuras

La aproximación a las localidades de un espacio debe ser pensada en dos niveles: las características generales de la organización en la región en la que están inmersas y las características peculiares de los espacios y localidades específicos a los que nos referimos en cada caso.

La sociedad campesina de la sierra de Lima

Siguiendo en gran parte la propuesta de Golte, caracterizaremos las comunidades de la zona central de la vertiente occidental de los andes en términos geográficos (pertenencia a una sola vertiente con alturas entre mil y más de cuatro mil msnm, territorio quebrado y de baja productividad) que determinan tipos diferentes de terreno bajo usufructo familiar bajo diversas formas de control social comunal, en los que se producen cultivos y crianzas diversos orientados a dos esferas (mercantil y no mercantil), en donde existen formas de cooperación y trabajo colectivo (principalmente para la limpieza de canales) sancionados bajo normas éticas y rituales. Todo el conjunto se hallaría fuertemente influenciado por la ciudad de Lima y su dinamismo provendría del espacio urbano (1992: 20-22).

A lo mencionado, añadiría que:

1. Se trata de sociedades corredor entre el valle del Mantaro y la franja costera central, por lo que se hallan vinculadas a ambos espacios.
2. Parte de la población se desplaza constantemente de manera temporal, estacional o periódica entre su espacio de origen y los dos mencionados.
3. Es una zona de emigración endémica, que expulsa jóvenes.
4. La cantidad de población «afuera» es mayor que la cantidad de población «adentro».
5. Su reproducción se basa en la agricultura de autosubsistencia y la producción de frutas o de derivados lácteos para la exportación.

6. Es una zona de uso generalizado del castellano donde las lenguas vernáculas, ahí donde subsisten (el quechua en algunas zonas de Oyón, Cajatambo y la zona sur de Yauyos y el Cauque en Tupe y alrededores) son relativamente limitadas y no constituyen en lo fundamental una barrera a la comunicación.

Es sobre todos estos rasgos distintivos que empezamos a caracterizar las organizaciones de la sierra de Lima, señalando las constantes observables en su constitución, en sus formas de asociación y, luego, en sus mecanismos constantes de funcionamiento.

En primer lugar, se puede decir que las comunidades locales de la sierra de Lima están compuestas por dos contingentes humanos: la población residente en el espacio local propiamente dicho y los grupos de emigrantes y descendientes de éstos que conservan y mantienen algún tipo de vínculo con su localidad de origen (vínculos que son por naturaleza variados, variables y en ocasiones hasta episódicos). Estamos, pues, ante conjuntos con límites sociales, sino difusos, al menos de «composición variable» de acuerdo a los casos y las circunstancias.

Un segundo elemento característico de buena parte de las sociedades locales de la sierra de Lima es que, al lado de los criterios estándar de clasificación (distritos, anexos, comunidades), buena parte de ellas conservan criterios de clasificación más antiguos, cuyos orígenes no están en la memoria de sus habitantes (quienes pueden y suelen tener en cambio explicaciones interpretativas tratadas en sus propias lecturas de su historia y de su identidad) que por lo general nos remiten a prácticas festivas 'actuales'. Así, por ejemplo, en la comunidad de Santa Cruz (Huaral) se habla de una división del pueblo en dos 'cofradías' (Andamarca y Cormas) cada una encargada de una serie de fiestas; los pueblos de Tupicocha y Santiago de Tuna (Huarochirí) se dividen en diez y cinco parcialidades, respectivamente, encargados también de algunas festividades; en Huantán (Yauyos) el pueblo está formado por dos antiguos grupos separados por el río, entre los que habría habido proverbial enemistad. La separación de la población en estos grupos corresponde a una clasificación por apellidos y lo más frecuente es que no tenga un correlato territorial ni espacial; además, no todos los pobladores se ordenan según esta clasificación y hay

quienes no los consideran un criterio contemporáneo de división. Cabe mencionar que existen además otros criterios de clasificación tributarios de herencias históricas que sólo son conocidos por algunos pobladores ilustrados (o más generalmente por estudiosos y maestros) y eventualmente por algún constructor de identidades: nos referimos a las diversas clasificaciones «étnicas» por lo general prehispánicas, que clasifican a la población en checas, conchas, yauyos, atavillos, etc.

En tercer lugar, la sociedad de la sierra de Lima conforma un espacio multi organizacional, tanto en el espacio local como entre los emigrados en contacto. Por supuesto que esta afirmación es insuficiente como descripción; afortunadamente el material recogido de los diversos trabajos así como el recogido en los últimos estudios de campo, nos permite ser más específicos. El universo organizacional de la sierra de Lima, como el de otras partes, está conformado por múltiples formas de organización que gravitan alrededor de tres de ellas: 1) la comunidad campesina, 2) el municipio y 3) las juntas de regantes o los comités de ganaderos (dependiendo si se trata de espacios en zonas bajas o de altura, respectivamente). Como veremos más adelante, estas organizaciones no son autónomas y configuran dinámicas específicas y particulares. Además, parte —y sólo parte— de los emigrantes y de sus descendientes están organizados alrededor de «clubes de provincianos» (varios para cada localidad) que por lo general están débilmente articulados entre sí.

Ambos espacios de organización están ligados por una serie de vínculos de parentesco y referentes históricos y en gran medida, culturales. Aunque hay mucha especulación en torno a lo referente a sus vínculos económicos, que sin duda existen, creo que las redes que conforman sirven más como una malla de contactos que como canal de circulación o desplazamiento efectivo de recursos. Así, el vínculo por excelencia entre los que se han quedado y los emigrados se sustentaría en la posibilidad de establecer una relación (de múltiples propósitos) así como en un referente común de identidad vinculado a micro-identidades locales, a la identificación con el lugar de origen. Para el caso de Yauyos, estamos hablando de identidades fundadas en la confrontación y en la rememoración (Anderson y otros 1999: 164). El deporte es la expresión más difundida de identifica-

ción (particularmente entre los emigrados) que participan de campeonatos 'regionales' en sus lugares de residencia; la fiesta (y una serie de manifestaciones adjuntas: música, danzas, trajes) es el segundo vehículo de identificación, tanto para unos como para otros; la comida es el tercer tipo de vínculo, más para los que se quedan que para los que se van, relacionado también a la fiesta y, en algunos lugares, a trabajos colectivos como la limpia de acequias o el rodeo. En cambio, lengua e historia no parecen constituir un referente de significación semejante.

Las peculiaridades de las comunidades campesinas

Más allá de nuestra obsesión primigenia por la comunidad (Cf. Urrutia 1992), creo que para entender las modernas comunidades campesinas hay que partir de la premisa de que no se trata de organizaciones totalizadoras *sino sólo de una de las formas de organizar la vida de los pobladores rurales*. Bajo este ángulo, podemos caracterizar⁸ a las comunidades de la sierra de Lima como asociaciones de familias de campesinos que son propietarias de un territorio que usufructúan familiar y comunalmente, dependiendo de la naturaleza de los terrenos y sobre el que admiten alguna injerencia del colectivo en términos de regulación, control y competencia en la resolución de conflictos. Por lo general, el control se limita a los campos de rotación (llamadas moyas) y a las zonas de pastos, en los que más que controlar se cobra derechos comunales de pastaje. Se le reconoce a la comunidad la facultad de convocar al trabajo cooperativo para obras de interés común, vinculadas a infraestructura de producción o de servicios públicos. En relación con la configuración política del espacio peruano, las comunidades pueden ser de dos tipos: aquellas cuyo territorio corresponde al mismo tiempo a la jurisdicción de un distrito (o en cuyo territorio se encuentra la capital distrital) y aquellas situadas en anexos. En el primer caso, la autoridad comunal coexiste con autoridades municipales y políti-

⁸ Ojo: caracterizo pero no defino. Para una definición más amplia de la comunidad en general, consultar DIEZ 1999.

cas en un mismo espacio; en el segundo, dichas autoridades públicas suelen estar medio subordinadas a las autoridades comunales o a la asamblea comunal.

Cierto es que esta caracterización podría corresponder a las comunidades de muchas otras partes del país, por ello añadiré algunos otros rasgos propios a aquellas en la sierra de Lima. El primero es que no todas las familias residentes en el pueblo o que poseen terrenos en el ámbito considerado comunal pertenecen a la asociación; un complemento de esto es que sólo se le reconoce la plena calidad de comunero a quien posee terrenos. La existencia de «independientes», reportada desde los estudios de Huarochirí, pero sobre todo en los de Huaral, como una anomalía de lo comunal, es hoy una constante: en cada localidad encontramos dos categorías de comuneros (activos y pasivos) y una porción variable de campesinos o pequeños propietarios no afiliada a la institución comunal.

Una segunda característica de la zona es la coexistencia, en algunas comunidades (como en Tupicocha, en Santa Cruz o en Viscas) de autoridades comunales vinculadas a algunas tareas de regulación del uso de recursos comunales; además, específicamente en algunas comunidades de la sierra de Huaral, los cargos comunales oficiales se renuevan anualmente (y no cada dos años, como estipula la ley y como lo practica la mayor parte de las comunidades del país).

Una tercera constante entre las comunidades de la sierra de Lima es la existencia, en buena parte de ellas de empresas ganaderas sujetas al control comunal. En Quinches, Huantán, Laraos, Tupe (en Yauyos), como en Huayopampa (en Huaral) y otras, existen granjas de ovinos creadas hace algunas décadas y cuyos beneficios revierten en los fondos comunales. En los últimos años, en algunas comunidades de Yauyos (p.e. en Viñac, Yauyos, Tupe) se vienen creando empresas para la explotación de la lana de las vicuñas que existen en las alturas, aunque comunales, varias de estas empresas están regidas por jóvenes comuneros sin tierras y funcionan de manera relativamente autónoma. Por supuesto, estos dos tipos de empresas no son los únicos.

Una cuarta característica propia de las comunidades de la sierra de Lima es su separación de las asociaciones de regantes. Aunque en algunas

comunidades se trata de una función comunal, en la mayoría de las localidades de la sierra de Lima, los comités de regantes son autónomos y funcionan de manera independiente a las directivas comunales.

Los grupos de regantes

Las asociaciones de regantes, dada la extrema necesidad del agua de las comunidades de la vertiente occidental, son la forma de organización más estable y respetada. Por lo general, las juntas de regantes incluyen a todos aquellos que usan canales o reservorios para irrigar terrenos, lo que equivale a decir que incluye a comuneros y a no comuneros. En varias localidades como en Santiago de Tuna (Huarochirí), Acos (Huaral) o Catahuasi (Yauyos), en las zonas bajas, las organizaciones de riego son más importantes que la comunidad; en un caso extremo, en Yauyos, la junta de regantes tiene más capacidad de coerción que el propio concejo municipal.

Las faenas para la reparación y limpieza de acequias son las más concurridas. Y en buena parte de las comunidades arriba de los 2,500 msnm que poseen terrenos de riego, la limpieza de acequias se realiza en contextos rituales y festivos antiguos y relativamente complejos (Osterling 1983, Gelles 1983, Raez 1998). Cabe mencionar que en algunas comunidades, el control de ganado también da lugar a sistemas rituales compuestos por ceremonias familiares (herranzas) y colectivas (rodeos), que en algunos casos, como en Santiago de Tuna (Huarochirí) o Coto (Huaral), se desarrollan en un ambiente festivo.

La organización municipal

La otra institución que caracteriza el espacio de la sierra de Lima es el municipio. Sujeto a las leyes del Estado y en muchos casos pre-existente a la comunidad, se encarga como en otras partes de la tarea de administrar y gestionar el ordenamiento local y cotidiano del distrito. Desde hace algunos años, los municipios benefician de un presupuesto otorgado por el Estado para su funcionamiento y para la realización de algunas obras. Aunque su ámbito de influencia debería cubrir el conjunto del distrito y

aunque los municipios se encargan de algunas obras en espacios rurales (como carreteras), se suelen circunscribir al ámbito del «casco urbano» y a la representación externa del distrito. En la sierra de Lima, los municipios se encargan de labores de prevención de desastres (como durante las lluvias de los últimos años) como de convocar a algunos trabajos de interés colectivo, principalmente, puentes, canales, caminos y carreteras.

Además de las mencionadas, en el espacio de la sierra de Lima existen otras formas de organización, por lo general más pequeñas y con influencia más reducida: comités de diverso tipo, clubes de madres, asociaciones de padres de familia, etc. Por lo general, éstas se dedican a actividades específicas y no articulan a otras organizaciones; por el contrario, algunas de estas están subordinadas sea a la comunidad, sea al municipio.

Al interior de las asociaciones, parecen expresarse dos patrones de autoridad: uno de corte más bien tradicional, fundado en la participación comunal y en la promoción por la edad; el otro marcado por el nivel educativo alcanzado y la experiencia de emigración. El primero se halla más del lado de la comunidad, el segundo del municipio. Regresaremos sobre este punto más adelante.

Las asociaciones de «residentes»

Otra institución vinculada a los espacios locales de la sierra de Lima es la existencia de un conjunto de asociaciones de emigrantes, llamadas muchas veces de «residentes». Por lo general, éstas toman formas y tienen diversas y tienen diferente tamaño: desde pequeños clubes deportivos de emigrantes de una pequeña comunidad hasta asociaciones provinciales que agrupan decenas de otras asociaciones más pequeñas con fines deportivos, culturales, religiosos o de ayuda a la localidad de origen. Se encuentran principalmente en Lima y Huancayo, pero también en pequeñas ciudades de la costa como Cañete, Huaral y Mala, en centros mineros como Cerro de Pasco y Huarón, y en áreas de colonización como Satipo.

Si la mayoría de trabajos sobre asociaciones de emigrantes subrayan la vinculación con la pueblo de origen, pocos se dedican a evaluar la relación real que existe entre ambos así como su conservación en el tiempo. Al

respecto, el estudio del caso de Yauyos muestra que, desde su creación en la década del 20 de este siglo, las asociaciones de emigrantes existentes en las ciudades de Huancayo, Lima y Cañete, han experimentado un proceso que a la larga parece conducir a una relativa «independencia» del espacio de origen, pasando por cuatro estadios claramente definidos:

1. La creación de la asociación por acción de un grupo de jóvenes emigrantes, generalmente para la realización de actividades deportivas

2. El desarrollo de una preocupación por el desarrollo del pueblo de origen, marcado por la realización de actividades de apoyo hacia el pueblo o distrito de origen de diverso tipo y también por la creación de asociaciones para la realización de las festividades tradicionales en los lugares de residencia; en este período se integran además a las asociaciones de carácter provincial (la Asociación Provincial Yauyos en Lima o el Centro Unión Yauyos en Huancayo).

3. La formalización de la asociación y su separación de la asociación provincial, marcada por la realización de actividades pro-fondos de un local propio en sus localidades de residencia.

4. La consolidación de la asociación en la localidad de residencia de sus miembros en calidad o con el status de «club privado» (Anderson y otros 1999: 153).

Esta ha sido por lo menos la trayectoria recorrida por algunas de las asociaciones más antiguas como el Centro Social Huangáscar o la Asociación Central Quinches, ambas en Lima; las asociaciones de otros lugares, como las de Huayopampa y Huascoy, han experimentado por lo menos parte de las transformaciones, hasta los años en que fueron estudiadas (Osterling 1980; Salvador Ríos 1983). Aunque la consolidación del club no significa la desaparición de los vínculos con la localidad de origen, sí supone el establecimiento de cierta distancia; el argumento que más se emplea para justificarla es el convencimiento de que son los alcaldes los encargados de las tareas de apoyo que antes cumplían los emigrantes. Ahora bien, hay que mencionar que muchos de los emigrantes participan de la vida política local presentándose como candidatos en las elecciones municipales.

Pienso que habría que diferenciar analíticamente entre las vinculaciones familiares (familia a familia) las vinculaciones entre familias y su espacio de

origen y aquellas vinculaciones corporativas de las asociaciones. Respecto a las últimas, es necesario establecer la existencia de vínculos reales e institucionales para considerar a una asociación de emigrantes como parte del espacio local: habrían algunas asociaciones que durante un período sostenido de tiempo se vinculan directamente en el espacio local (mediante acciones de apoyo o la participación en actividades religiosas, lúdicas o deportivas) y otras que no participan sea por ser muy pequeñas, sea por tener sus propios proyectos y objetivos en sus espacios de residencia.

b. Dinámicas

A partir de los trabajos mencionados, es posible encontrar ciertos fenómenos recurrentes, ciertas dinámicas de funcionamiento y organización características de las sociedades locales de la sierra de Lima. Estos fenómenos, que llamaré «tensiones», serían estructurales, pero no hay que confundirlos con los procesos de cambio que afectan a la zona y que vale la pena explicitar:

1. Un continuado proceso de pauperización, que incide en el abandono o el estancamiento principalmente de las localidades de las zonas intermedias (no lo bastante altas para intentar una salida vía el desarrollo ganadero y no lo bastante bajas para intentar un viraje productivo hacia la fruticultura) y lo mismo ocurre con aquellas familias que estando en zonas más apropiadas no acceden a los recursos que les permitirían insertarse al menos mínimamente en la sociedad mayor.
2. Una tendencia a la independización de los organismos especializados, en contraposición y frente a los organismos totalizadores como la comunidad o el municipio. Así por ejemplo, una serie de asociaciones que en Huayopampa estaban antes colocadas bajo la comunidad, ahora funcionan autónomamente; y se puede decir lo mismo incluso de empresas que supuestamente están sujetas a la junta comunal pero que actúan sostenidamente como si no lo estuvieran, como en el caso de la empresa de vicuñeros de Yauyos.

Más allá de las transformaciones, lo que me interesa destacar son las dinámicas observables en la organización social y entre éstas, aquellas que

nos remiten a las relaciones internas, las expresiones de un faccionalismo basado en la composición de los grupos y en la existencia de múltiples tipos de organización (que en cada espacio adquieren características particulares) y que se conservan durante un período de tiempo relativamente largo. Es en estas relaciones internas que encontraremos una tensión entre las familias y el colectivo pero también otras: como ya hemos mencionado, *la dinámica de los espacios locales —y no sólo de las comunidades— estaría construida sobre una tensión constante entre tres componentes: «comunidad», grupos intermedios y familias.*

Como hipótesis, planteo que el patrón de las tensiones y dinámicas constantes en las sociedades de sierra de Lima comprendería, al menos:

Una tensión entre las familias y los dos colectivos principales con capacidad de convocar al trabajo (la comunidad campesina y el municipio). Una tensión no muy diferente que en otras partes pero que en la sierra de Lima se caracteriza por la existencia de «independientes» que escapan a los requerimientos de trabajo comunal, conservando y trabajando al mismo tiempo tierras en terrenos reputados como comunales: en la sierra de Lima existe la posibilidad de escaparse, legítimamente o sin recibir sanción, del cumplimiento de una serie de funciones colectivas. Ello se observa en la actualidad en comunidades como Checa en San Damián (Huarochirí) o Acos (Huaral), pero es también mencionado en otras zonas para épocas anteriores como en Huarochirí (1955) dónde existía un grupo de independientes, como una categoría que escapaba a las otras organizaciones del pueblo (Matos 1958) o en Pacaraos, dónde en 1932, un comunero consigue rehusar un cargo comunal (Degregori 1973).

Una tensión constante entre jóvenes innovadores y mayores tradicionales, que se reproduce con diferentes características en diversos tiempos y lugares. Los trabajos mencionados líneas arriba así como las etnografías más recientes muestran que la confrontación entre adultos y jóvenes sería endémica: en Huancaire, en los 40s los jóvenes universitarios retornantes toman el poder, en los 50s en Huarochirí se enfrentan jóvenes sin tierra con los mayores; por los mismos años, los jóvenes de Lampián, originalmente expulsados, logran imponerse sobre los comuneros más antiguos; en Pacaraos, la diferencia generacional se correlacionaba además con un mayor

o menor acceso a la riqueza; en Tupe nos refirieron que el los 70s los jóvenes, enfrentados continuamente a los mayores, accedieron por primera vez a la presidencia; en Huangáscar y Laraos los dirigentes actuales, jóvenes también, tratan de impulsar la comunidad ante cierta oposición de los más antiguos. Aunque los problemas que generan la tensión cambian, están marcados por lo general por dos tendencias contrapuestas una hacia el cambio y la otra hacia el conservadurismo. Para abundar sobre el tema, el estudio de Yauyos, muestra que las diferencias generacionales son percibidas en términos de irresponsabilidad de los jóvenes frente al tradicionalismo de los mayores (Anderson y otros 1999: 161).

Una tensión entre los que se han quedado en el pueblo y aquellos que han emigrado, que se expresa de diversas maneras. Todos los pueblos de la sierra de Lima cuentan con colonias que viven fuera del espacio local y que participan o intervienen de alguna manera en la vida local pero también hay quienes regresan al pueblo luego de una experiencia larga de emigración. Cuando los externos intervienen en la política interna, suelen polarizar las facciones, como en Laraos, dónde durante los setentas los emigrantes se alineaban con el municipio y los locales con la comunidad (Fonseca y Mayer 1986). Cabe precisar que en la sierra de Lima existe además otra tensión del mismo tipo, muy débil aún, entre los pobladores originarios del pueblo y los trabajadores foráneos establecidos en el pueblo (generalmente en comunidades de las zonas bajas de Huaral, como Acos, Canchopilca, Huayopampa).

Una tensión constante entre la comunidad y el municipio que se observa sobre todo ahí donde ambas comparten un mismo espacio y el mismo pueblo-capital. Las etnografías de Huaral y Huarochirí no siempre distinguen entre una y otro, y cuando lo hacen es para destacar el conflicto; en general, pareciera que al privilegiar la comunidad en el análisis, analizan al municipio en función de ella. Cuando analizamos separadamente ambas instituciones observamos que la relación entre ambas oscila entre la fluidez del vínculo y el conflicto: en la zona de Yauyos, en localidades como Quinchés, Huancaya, Viñac y Aucampi, comunidad y municipio confluyen para la realización de algunos trabajos; en otras, como en Omas y Tupe (en el primer caso por la modernización de las dos instituciones y en el segundo

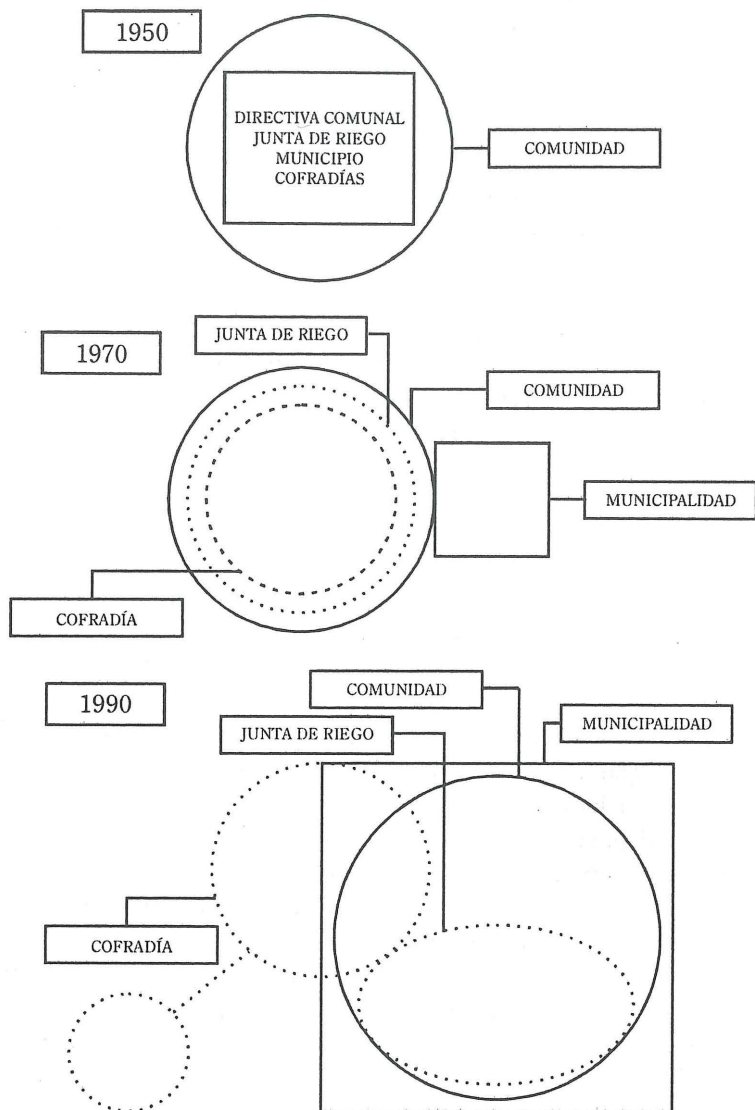
por el carácter conservador de ambas), los cargos comunales y municipales son intercambiables y encontramos como alcaldes a ex presidentes y como presidentes de comunidad a candidatos perdedores de las elecciones municipales. Una de las condiciones de la fluidez en las relaciones es una separación simple de funciones: el espacio «urbano» para los municipios y el «rural» para las comunidades. En nueve localidades estudiadas en Yauyos, la mayor parte de los alcaldes tenían un patrón de autoridad vinculado «hacia fuera» (Quinchés, Huangáscar, Viñac, Yauyos); los menos, un patrón orientado hacia la comunidad (Tupe, Alis, Aucampi). En el largo plazo, la tensión, si bien permanece, parece irse desplazando desde un polo donde se impone más lo comunitario hacia otro en el que se impone el municipio.

Algunas anotaciones finales

Tratando de perfilar la especificidad de la propuesta, de esta nueva «mirada» sobre las organizaciones de la sociedad rural de la sierra de Lima, puede ser bueno una mirada comparativa y esquemática en relación a los enfoques anteriores.

El esquema siguiente muestra tres enfoques para la comprensión de la sociedad de la sierra de Lima. En los años 50, la comunidad lo era todo, abarcaba una serie de otras organizaciones e instituciones, incluido el municipio, como parte de un conjunto «cultural mayor». Veinte años después, la comunidad coincidía, poco más poco menos pero forzosamente, con una serie de organizaciones vinculadas principalmente a la producción pero también a la esfera religiosa y ritual, el municipio era visto como una institución más bien aparte de lo comunal. Finalmente, la propuesta presentada muestra que las múltiples organizaciones presentes no coinciden entre sí y que además incorporan gente que se encuentra fuera del espacio local continuo.

Principales enfoques sobre la organización del espacio rural peruano: 1950, 1970 y 1990



Por supuesto que esta propuesta de análisis y esta caracterización de la sociedad rural de la sierra de Lima son perfectibles y no agotan el sujeto. Espero sin embargo haber logrado transmitir la complejidad del tema y la necesidad de abordar el análisis de los espacios rurales desde una comprensión amplia de la «comunidad»: por un lado, dentro del tiempo, como un sujeto cambiante; del otro, como un conglomerado de instituciones de diverso tipo, que no necesariamente coinciden entre sí. Dicho de otro modo, el conjunto de asociaciones e instituciones existentes en determinado espacio local, que conforman la «comunidad local» en tanto espacio de vida, no están articulados forzosamente ni al municipio ni a la comunidad campesina; ni uno ni otra son instituciones que coincidan con las múltiples otras formas de organización existentes en los espacios locales (ni siquiera en el caso de que sistemas de clasificación social o territorial descompongan el conjunto en partes que conforman un todo).

Este enfoque está inspirado y se sustenta en la existencia de una pluralidad de organizaciones cuyo número y diversidad atenta contra cualquier análisis que busque reducir el fenómeno de la organización en el espacio rural a un par de instituciones. En otra parte he señalado, por un lado, que las nuevas asociaciones se sustentan en la especialización de funciones, — en contraposición a asociaciones más antiguas más totalizantes— y, por el otro, en la existencia de diversos niveles de agrupación, en distintos planos y que muchas veces escapan incluso a las marcas territoriales supuestas de una localidad (Diez 1999). Ahora bien, si este enfoque se inspira en la diversidad contemporánea, no responde en absoluto a un cambio significativo en la organización del espacio rural: es sólo una nueva forma de mirar lo que ya había. En ese sentido, creo que este punto de partida puede ser útil para abordar analíticamente otros espacios campesinos, cada uno con sus particularidades y características específicas.

Propongo, pues, volver a entender el espacio local como un sujeto en sí mismo, pero liberado del análisis de alguna de sus instituciones particulares, y en particular de la comunidad. Y para ello, es menester definir claramente el sujeto del análisis, lo que no significa renegar de la comunidad campesina en tanto sujeto válido. Al contrario, se trata de afinar mejor que es lo que entendemos por tal, especificando los principios básicos de su organización y del «ser» comunidad.

Bibliografía

ALBER, Hermute. *¿Migración o movilidad en Huayopampa? nuevos temas y tendencias en la discusión sobre la comunidad campesina en los Andes*. Lima, IEP, 1999, 213pp.

ANDERSON, Jeanine y OTROS. *Valores y metas de vida en la provincia de Yauyos*. Lima, PUCP (mimeo), 1999, 403 pp.

AVALOS DE MATOS, Rosalía. «El ciclo vital en la comunidad de Tupe». En: *Revista del Museo Nacional*, 1951, XXI: 107-183.

BEY, Marguerite. *Le meilleur héritage. Stratégies paysannes dans une vallée andine du Pérou*. Paris, ORSTOM, 1994, 203pp.

BROUGUERE, Anne Marie. *¿Y porqué no quedarse en Laraos?* Lima, IFEA-INANDEP, 1992, 202pp.

CELESTINO, Olinda. *Migración y cambio estructural: La comunidad de Lampián*. Lima, IEP, 1972, 107 pp.

DE LA CADENA FERNÁNDEZ, María Soledad. *Economía campesina: familia y comunidad en Yauyos*. Lima, PUCP, tesis, 1980.

DEGREGORI, Carlos Iván y Jurgen GOLTE. *Dependencia y desintegración estructural en la comunidad de Pacaraos*. Lima, IEP, 1973, 176pp.

DIEZ, Alejandro. «Diversidades, alternativas y ambigüedades: instituciones, comportamientos y mentalidades en la sociedad rural». En: AGREDA, DIEZ y GLAVE. *Perú: el problema agrario en debate. Sepia VII*. Lima, SEPIA, 1999, pp 247-326.

DIEZ, Alejandro. *Comunidades mestizas. Tierras, elecciones y rituales en la sierra de Pacaipampa (Piura)*. Lima, CIPCA-PUCP, 1999, 372pp.

FONSECA, César y MAYER, Enrique. *Comunidad y producción en la agricultura andina*. Lima, Fomciencias, 1988, 212pp.

FUENZALIDA, Fernando, Teresa VALIENTE y OTROS. *El desafío de Huayopampa. Comuneros y empresarios*. Lima, IEP, 1982 2da ed. [1968], 449pp.

FUENZALIDA, Fernando. «Estructura de la comunidad de indígenas tradicional. Una hipótesis de trabajo». En: *Hacienda, comunidad y campesinado en el Perú*. Lima, IEP, 1976, 2da ed. [1970], pp 219-266.

GELLES, Paul. *Agua, faenas y organización comunal en los Andes: el caso de San Pedro de Casta*. Lima, PUCP, tesis Mg antropología, 1984.

GELLES, Paul. «Agua, faenas y organización comunal: San Pedro de Casta, Huarochirí». En: *Anthropológica PUCP*. 1984, 2, (2): 305-334.

GOLTE, Jurgen. «Los problemas con las 'comunidades'». En: *Debate agrario*, julio-setiembre 1992, (14): 17-22.

GOLTE, Jurgen y Norma ADAMS. *Los caballos de Troya de los invasores estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima*. Lima, IEP, 1987, 287pp

GRESLOU, Francois y NEY, Bertrand. *Un sistema de producción andino. El caso de los comuneros de San Juan y Huascoy - valle de Chancay*. Cusco, IFEA/CERA/Bartolomé de las Casas, 1986, 176pp.

HABOUD DE ORTEGA, Marleen. *Educación: un doble proceso (el caso de San Pedro de Casta)*. Lima, PUCP, tesis Mgs, 1980.

_____. «La educación informal como proceso de socialización en San Pedro de Casta». En: *Debates en Antropología*, julio 1980, (5): 71-114.

LAUSENT, Isabelle. *Pequeña propiedad, poder y economía de mercado. Acos Valle de Chancay*. Lima, IEP, 1983, 424pp.

MATOS MAR, José. *La ganadería en la comunidad de Tupe*. Lima, UNMSM, 1951

MATOS, José; Teresa GUILLEN; Julio COTLER; Eduardo SOLER y Francisco BOLUARTE. *Las actuales comunidades de indígenas: Huarochirí en 1955*. Lima, Instituto de Etnología y arqueología, 1958, 342pp.

MATOS, José; William WHYTE y OTROS. *Dominación y cambios en el Perú rural. La microregión del valle de Chancay*. Lima, IEP, 1969, 377pp.

MATOS, José. *Hacienda, comunidad y campesinado en el Perú*. Lima, IEP, 1976, 2da ed. [1970].

MOSSBRUCKER, Harald. *La economía campesina y el concepto «comunidad» un enfoque crítico*. Lima, IEP, 1990, 115pp.

NELSON, Guillermo. «Migración y estructuras sociales en una comunidad campesina: Catahuasi». En: ERESUE y BROUGUERE, Comps. *Políticas agrarias y estrategias campesinas en la cuenca del río Cañete*. Lima, UNA-IFEA, 1988, 264pp, pp 159-175.

ORTEGA, Fernando. «La dicotomía caliente-frío en la medicina andina: el caso de San Pedro de Casta». En: *Debates en Antropología*, julio 1980, (5): 115-141.

OSTERLING, Jorge. *De campesinos a profesionales. Migrantes de Huayopampa en Lima*, Lima, PUCP, 1980, 209pp.

OSTERLING, Jorge y Oliverio LLANOS. *Ritual de la fiesta del agua en San Pedro de Casta*. Lima, PUCP, (mimeo), 1980.

RAEZ, Manuel. *Fiesta del agua*. Lima, PUCP, AMTA, (vídeo), 1998.

RAMÍREZ, Yolanda. «La penetración capitalista en una comunidad campesina: el caso de San Pedro de Casta, Huarochirí». En: *Debates en Antropología*, julio 1980, (5): 39-70.

SALVADOR, Gregorio. *Estructura y cambio de la comunidad campesina: la comunidad de Huascoy*. Lima, CEDEP, 1983, 274pp.

STEINHAUF, Andreas. «Diferenciación de comunidades y diferenciación de colonias de migrantes: El caso de Quinchés». En: *Antropológica PUCP*, 1991, 9, (9): 153-168.

URRUTIA, Jaime. «Comunidades campesinas y antropología: historia de un amor (casi) eterno». En: *Debate agrario*, julio-setiembre 1992, (14): 1-16.

INFORMES DE SALIDAS AL CAMPO.

Curso de Campesinado, 1997-1999

Huarochirí, 1997

Pilar CORZO, Lucía GUERRA y Andrea PAAR. Comunidad de *Santiago de Tuna*: informe final. 47 páginas.

María TEJADA y Carlos LEÓN. Acercamiento etnográfico a la comunidad de *San Andrés de Tupicocha*, provincia de Huarochirí, departamento de Lima. 20 páginas.

Wendy ABUSABAL, Karim TRIGOSO, Cecilia MOYA, Marco LOZANO, Aldo GIRONDA y Guillermo SALAS. Informe de las salidas de Campo: *San Damián*. 46 páginas.

Yauyos, 1998

Wendy ABUSABAL, María Luisa BURNEO y Gonzalo VERA. Comunidad campesina de *Laraos*. 59 páginas.

Mayela GUTIERREZ, Paula MAGUIÑA y Renzo TERÁN. Informe sobre el trabajo de campo en la comunidad de *Huantán*. 45 páginas.

Humberto ALZAMORA, Angélica NUE y Raquel PASTOR. Diagnóstico del distrito de *Yauyos*. 71 páginas.

Huaral, 1999

Giuliana BOREA, Claudia NEYRA y Juan Javier RIVERA. Diagnóstico general de la comunidad de *Viscas*. 44 páginas.

María Andrea STAEHELI y Margarita HUAMÁN. Visita a *Canchapilca* en el distrito de Lampián, provincia de Huaral. Informe final de campo. 35 páginas.

Ingrid ORTIZ y Miguel Angel RUIZ. Informe final de práctica de campo en la comunidad campesina de *Ravira*. 46 páginas.

Carmela CHAVEZ, Rafael MENDOZA y Mariamalia PESANTES. *Acos*. Informe final de trabajo de campo. 29 páginas.

Mónica OLIVEROS, Rubén RUIZ y Silvia SORIANO. La comunidad de *Santa Cruz de Andamarca*. 68 páginas.